



Las huellas del paraíso
(*Lecturas hispanoamericanas*)

ANTONIO MARÍA FLÓREZ

“El poeta que no canta, tan sólo opina”.
Escolios. Nicolás Gómez Dávila

PRIMERA PARTE

PALABRAS

De la misma manera que García Márquez fue marcado indeleblemente por las historias que le narraron sus abuelos maternos, yo lo fui, en cambio, por mis dos abuelas; la una en la infancia y la otra en la adolescencia, así de contundente. Claro está que también en la infancia intervinieron otras personas, como algunas mucamas que trabajaron en casa de mis padres, un anciano de mi pueblo adoptivo y un profesor de la escuela donde cursé mis

estudios primarios, que se recreaba narrando increíbles historias de indígenas y patriotas.

Valga decir aquí sobre las tatas, que la una era colombiana y la otra española, como mis padres; de Marquetalia él, de Villanueva de la Serena ella. La *maá* colombiana era una mujer de origen campesino, de presencia frágil y enjuta, de voz suave pero determinante y de una mirada honda y poderosa. La española había nacido en Don Benito y era una dama de cierta alcurnia, de carnes ampulosas, maneras corteses y trato enérgico. Ambas quedaron viudas desde su mediana edad. Las muertes de sus esposos se dieron en circunstancias trágicas y tuvieron un cierto halo novelesco. Las dos debieron levantar a sus respectivas familias en circunstancias cuasi heroicas que condicionaron significativamente sus vidas y las de todos sus vástagos.

Pero hablaremos por ahora sólo de Natividad. Ella era hija del fundador de Marquetalia, un nombre mítico en la historia política del país. Nacida en las cumbres medias de los Andes colombianos, allá por la época de la tercera oleada colonizadora antioqueña del centro del país, bien avanzada la mitad del siglo XIX, cuando la nación era azotada por sucesivas guerras civiles partidistas. Conoció los duros años fundacionales del desmonte y el cultivo del “pancoger”. Después vivió los esplendores del oro y el café en la primera treintena del siglo XX, de cuando mi bisabuelo fue corregidor, alcalde y gamonal de todas aquellas tierras primigenias que llevan el nombre españolizado de una indígena karib llamada *Malchita*, que se atrevió a enfrentarse a las huestes conquistadoras de Núñez Pedroso y Jiménez de Quesada a mediados del siglo XVI, y que derivó en la subyugación de su pueblo y la posterior aniquilación del mismo por razones nunca esclarecidas por los historiadores. Más tarde, la abuela, heredera de los dominios de su padre, perdió a su marido por la mordedura de una víbora “tresequis” mientras conducía una recua de mulas con café que embarcaría en el río Grande de la Magdalena, el mismo que trasegaran Florentino Ariza y Fermina Daza en *El amor en los tiempos del cólera*. Tuvo que criar sola a sus doce retoños, incluido mi padre que nació póstumamente. Y la familia perdió las riendas del poder. Desde entonces, Maá Tiva se dedicó a sacar adelante a su vasta familia como

bien pudo, a añorar los fastos idos, a rezar y rezar, así como a pergeñar la retoma del poder desde su casa grande de bahareque y guadua de dos plantas de la calle Aldea, repleta siempre de exóticas flores y pájaros canoros de variado plumaje.

Ella fue la que me narró historias sagradas y me puso en contacto con los mitos y creencias de los pobladores ancestrales de aquellos territorios por vía de la oralidad. Así pues, mis primeras “lecturas” provienen de los relatos escuchados a ella, fundamentalmente, pero también a aquéllos. Historias que fusionaban lo que se decía en los libros y lo que la tradición oral complementaba, adobaba o tergiversaba; narraciones sobre creencias, supersticiones y agüeros de un sincretismo a veces delirante, tan propio de aquellas tierras y que entretejen elementos de las ideas religiosas precolombinas de los indígenas y la tradición católica de los españoles.

Ella se sentaba en el salón de su casa, en una silla de mimbre, mirando siempre por uno de los ventanucos que daban a la calle, controlando el ir y venir de las gentes del lugar y la entrada a la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores y a la Casa Cural, terrenos cedidos a la sazón por su padre a la curia en los tiempos de la Fundación. Me hacía acurrucarme a su lado y, mientras peinaba su larga cabellera grisácea, que habitualmente llevaba recogida en una moña helicoidal en lo alto de su testa, con una peineta de carey, me preguntaba por los asuntos de mi casa, por mis estudios, por mis peregrinaciones a los potreros a acopiar guayabas para sus sinsontes; y como premio, me autorizaba a coger de la cocina alguna arepa de maíz para tomar con limonada de agupanela. Y luego me hablaba de Dios y de su glorioso hijo sacrificado por los pecados que no cometí, me pedía que la acompañara en alguno de sus rezos al Espíritu Santo que nunca entendí, que le pasara la camándula para rezar el Rosario que nunca me aprendí, también me hablaba del Edén y de los cuatro ríos que lo surcaban (Pisón, Gihón, Hidekel y Éufrates), y del Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal y del Árbol de la Vida, y de cómo aquellas tierras indomables nunca serían el Paraíso por pecadoras, pero que había que intentarlo no sé para qué, me aterraba con las imágenes desgarradoras del Juicio Final que yo asimilaba a un terremoto debido a la

bronca erupción del volcán nevado del Cumanday que, en los días luminosos del verano, veíamos desde mi casa de la calle Colegurre en todo su amenazante esplendor blanco de felino dormido. Así mismo, me hablaba de Kié el que unge, de Posala el intérprete de los sueños, de Samaroi el sanador de espíritus, de Anakié el Sin Destino, de Vogalión el que espera, de Sayitai el que vigila, de Viasiné el que conduce y de Seriané el que siempre recibe; deidades todas ellas de una nación indígena ya extinta y que la leyenda acusa de haberse suicidado en masa en las entrañas de una profunda laguna en las cercanas tierras de los samanáes como protesta muda por haber sido obligados a trabajar en las mitas, explotando hasta la extenuación las ricas minas de oro y plata de los llanos del Guarinó. Y cómo no, también me habló de los lejanos tiempos de la Fundación, de la leyenda de la Bola de Fuego, de la Patasola y la Madremonte, de las benditas ánimas del Purgatorio, de curas alemanes y cantores italianos, de cultos profesores hispanos e ingenieros suizos, de preñadores franceses ojiazulados, de astutos comerciantes palestinos y broncos mineros ingleses. Igualmente me hablaba con asco de las masacres de los años cuarenta y el *Bogotazo*, de las <<bobadas de su papá mijito, con esa pendejada de hacer política con los liberales y no estar donde debía estar>>. Y por igual me hacía referencia a no sé qué extraños juegos del poder, y de las glorias familiares, y de mi misión en la vida, y de no sé qué otros asuntos cuya trascendencia yo no alcanzaba a columbrar. ¡Dios mío, qué monserga y qué matraca!, ¡qué agobio!, ¡qué enredo mental el de este niño rebelde, inquieto y juguetón como era yo por entonces (y un poco ahora, supongo yo, todavía, porque todavía las cosas están un poco todavía como entonces, yo diría).

LECTURAS

Poema 2

Mi madre me daba besos
y mi padre libros.
Así se me iba la infancia,
navegando en sueños.
(De *Desplazados del paraíso*)

Si bien es cierto que mi padre fue quien me dio a leer los primeros libros, siendo yo todavía bastante mozuelo, no recuerdo haber visto en su biblioteca a muchos autores latinoamericanos. Franceses, italianos, españoles, pero sobre todo ingleses, componían el grueso de su interesante biblioteca. Jean Webster (*Papaíta piernas largas*), Edgar Allan Poe y sus subyugantes *Historias extraordinarias*, Conan Doyle con sus apasionantes narraciones de Sherlock Holmes, Agatha Christie y sus novelas de misterio del detective Poirot, William Irish y sus novelas negras. Todos ellos fueron mis primeros autores leídos, aparte, por supuesto, de Cervantes con sus *Novelas Ejemplares* y de *El Quijote*, que leí muy tierno, empujado por mi padre, porque yo era “español” y ese era *el libro de los libros* que debía conocer porque pronto me enviarían a estudiar a España por razones que nunca llegué a entender del todo.

Ya en la Península, hice el bachillerato en el colegio Claret de mi pueblo natal, Don Benito, y allí leí todo lo que me obligaron académicamente y bastante más, incluidos algunos autores del otro lado como Jorge Isaacs (*La María*), José Asunción Silva (*Nocturnos*), José Eustasio Rivera (*La vorágine*), Rómulo Gallegos (*Doña Bárbara*). Sin embargo, mi primer contacto en serio con los autores hispanoamericanos se lo debo a un hermano de mi madre, que se hacía llamar Alfonso Carlos Trajano en los círculos intelectuales de la Badajoz franquista por allá en los años cincuenta. Trajano era el nombre artístico de su padre – mi abuelo-, interesante pintor y fotógrafo emeritense, hijo de portuguesa, que llegó a ganar buena fama con sus pinturas de aire

naif sobre el campo extremeño y sus fotos retocadas, que incluso le valieron algún que otro premio de ámbito nacional, y que luego fuera ajusticiado en 1939 finalizando la Contienda Civil en tierras del Valle de la Serena.

Alto y bien plantado, con pinta de dandy, mi tío Alfonso era amante de la buena vida, del jazz y del ajedrez, fungía de oficinista funcionario de banco y le gustaba el teatro y la poesía. Se solía perder en los recovecos de la noche pacense para bohemizarse y escuchar tangos en cuchitriles de medio pelo, donde solía toparse con su amigo el poeta del pueblo Manuel Pacheco, vecino suyo en la calle De Gabriel y contertulio asiduo en los sábados culturales de Esperanza Segura; era tal su amistad que el oliventino lo mencionó en el *Insoneto para cronocar un homenaje* y le dedicó un poema, *Luz agachada*, del libro *Todavía está todo todavía*, al que antes parafraseábamos.

A mi tío le conocí siendo yo ya un adolescente, en Madrid, en una comedia familiar y asistiendo luego a una representación en el Teatro Español de *La muerte de Danton*, la estupenda obra del médico alemán George Büchner. Había él regresado de un largo periplo exilar por tierras de África y Europa. Según pude deducir de algunas frases susurradas entre postres y humaredas, zascandileó y enamoró en Guinea Ecuatorial y Argelia, procreó en Alemania y revoltoseó en la Francia del sesenta y ocho. De él siempre recordaré que me puso en contacto con el jazz y me hizo respetarlo y aprender a disfrutarlo. Cuando supo que a mi también me gustaba la poesía, me pidió que le mostrara alguno de mis textos, ¡qué vergüenza!, me dijo que tenía que leer a los buenos, -¿quiénes?-, me sugirió nombres que yo no ubicaba, como Vladimir Holan o Henry Michaux, me invitó a leer a los surrealistas y me regaló la *Antología de la Beat Generation* de Marcos Ricardo Barnatán. Si ya admiraba yo a mi tío por su misteriosa biografía y errabundez, ahora se había convertido en todo un mito para mí. A él le achaco, además, buena parte de la responsabilidad de haberme puesto en contacto con la literatura de las Américas. Había traído de su moradía en Francia muchos discos, libros y revistas. De entre ellas, una que hacían en París un grupo de intelectuales afectos a la izquierda utópica latinoamericana. Me regaló algunos ejemplares de unos monográficos dedicados a México en el que salían textos de Octavio

Paz, Homero Aridjis y Carlos Fuentes; de Chile con escritos de José Donoso, Nicanor Parra y Gonzalo Rojas; de Uruguay con narraciones de Juan Carlos Onetti; de Cuba con creaciones de José Lezama Lima, Severo Sarduy y Guillermo Cabrera Infante; de Argentina con algún artículo de Manuel Mujica Láinez y Saúl Yurkievich y de Colombia con textos de autores contemporáneos como Álvaro Mutis, Gabriel García Márquez, Manuel Mejía Vallejo, Óscar Collazos y otros autores jóvenes del país que ahora no alcanzo a precisar, pero sí recuerdo bien que ahí estaba un poema de un vate de Medellín que se firmaba *X-504*, que luego supe que se llamaba Jaime Jaramillo Escobar y que era uno de los abanderados del Nadaísmo, un movimiento contestatario colombiano que heredaba algunas de las informalidades y modos de hacer del surrealismo y la Beat Generation. El poema que ahí aparecía se llama *Apólogo del paraíso* y me produjo una grandísima impresión por su manera desacralizada de asumir tan importante tema y me hizo interesarme por el concepto del paraíso como asunto poético, aunque hoy en día el texto no me suscita tal emoción. Poco tiempo después escribí un poema titulado *Paraíso (apólogo)* en el que plasmo mi obsesión por el paso del tiempo y esbozo ya mi preocupación por el paraíso perdido y mis conflictos con la divinidad, que al cabo de los años serían la materia germinal de mi libro *Desplazados del paraíso*.

APÓLOGO DEL PARAÍSO

Eva, transformada en serpiente, ofreció a Adán una manzana.
Fueron arrojados del Paraíso, pero ellos llevaron semillas consigo,
y Adán y Eva encontraron otra tierra y plantaron allá las semillas del
Paraíso.

Podemos hacer siempre el Paraíso alrededor
de nosotros dondequiera que nos encontremos.
Para eso sólo se requiere estar desnudos.

Jaime Jaramillo Escobar (X-504)

sufridas o disfrutadas en el pueblo de mi padre y la Maá Tiané: las calles polvorientas del pueblo, el multicolor bosque repleto de alimañas, la densa selva poblada de susurros y fantasmas, la forma imparable de ver llover días y noches enteros, su percepción del tiempo, los mitos, las componendas políticas, el miedo y la abyección que aprendió a contar a la manera de Hernando Téllez, los mitos y leyendas sincréticos... Para mi leer a Gabo era como estar acurrucado ante mi abuela oyéndola embelesado contar sus maravillosas historias del pueblo y la familia, o lo mismo que a don Pacífico Giraldo sentado en el vestíbulo de su casa patriarcal en la calle de La Aldea, o a mi profesor de primaria en la escuela Cervantes, reinterpretando las leyendas primigenias de los chibchas, los quimbayas o los Pantágoras.

Pero leer a Gabo también era entender su devoción por la poesía, que aprendió a conocer y a respetar de manos del poeta *pedracielista* Carlos Martín, a la postre rector del colegio en el que estudió bachillerato en la localidad sabanera de Zipaquirá. No en vano en su discurso de aceptación del Premio Nobel reconoció “El pasmo inexorable ante el misterio sin fondo de la poesía”.

UN PROGRAMA

Poco después, y por una vía ajena a García Márquez, y sin que yo supiera la gran amistad que ambos tenían, devino el conocimiento de otro autor que también sería muy importante para mí, en tanto en cuanto me permitiría adentrarme en la recreación que él hacía de un paisaje que me era muy cercano en lo geográfico y en lo emocional. ¡Cuántas noches en mi casa de Marquetalia escuché el murmullo de la lluvia resbalando sobre las hojas de los cafetos y los platanales, como en el poema *Nocturno* de Álvaro Mutis: “*La lluvia sobre el cinc de los tejados/ canta su presencia y me aleja del sueño/ hasta dejarme en un crecer de las aguas sin sosiego,/ en la noche fresquísima que choreal por entre la bóveda de los cafetales...*”

Si bien nacido en Bruselas, Álvaro Mutis, vivió en Bogotá y estudió en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, donde cultivó su vocación por la historia, pero también su pasión por el billar y la poesía. Su familia materna era de Salamina, una población relativamente cercana a la de mi padre, y él, además, pasó largas temporadas en una finca familiar del Tolima, en la población de Coello, donde se empapó de aromas, tesisuras y paisajes muy semejantes a los que yo experimentaré en la entraña de la Colombia profunda que habité, la Marquetalia de mi infancia.

En una ajada y polvorienta librería del canicular puerto fluvial de La Dorada a orillas del río Magdalena ya mencionado, me encontré por casualidad una vieja edición de un libro capital de la obra del creador de ese magnífico y misterioso personaje omnipresente en sus ficciones: Maqroll El Gaviero. En él aparecía su poema en prosa de 1952, titulado *Programa para una poesía*, cuyos presupuestos vitales e intencionalidades formales me sedujeron y me invitaron a explorarla en profundidad, especialmente por aquello que mencionaba antes de los paisajes emocionales afines, pero particularmente por lo que deja traslucir sobre el ser del poeta y de la condición de navegante a punto de partir hacia los horizontes más remotos, en pos del misterio inefable de las grandes lejanías que, al decir de Ernesto Volkening, en Álvaro Mutis, “*son uno solo*” y en mi obra son una promesa de la utopía, del paraíso sustituto.

Libro lleno de verdades contundentes, que no te dejan incólume, y que te invita a trabajar con el idioma: “*Todo está hecho ya. Han sonado todas las músicas posibles. Se han ensayado todos los instrumentos en su mezquino papel de solistas*”, o bien: “*Busquemos las palabras más antiguas, las más frescas y pulidas formas del lenguaje, con ellas debe decirse el último acto*”. Y te convida también a denunciar los artilugios y las tergiversaciones y a adentrarse en los fundamentos de la verdad como imperativo categórico: “*... es bueno poner al desnudo la esencia verdadera de algunos elementos usados hasta hoy con abusiva confianza y encerrados para ello en ingenuas recetas que se repiten por los mercados*”, o esta: “*No más falsificaciones del odio: el odio a la injusticia, el odio a los hombres, el odio a las formas, el odio a la libertad, no nos han dejado ver la*

gran máscara purificadora del odio verdadero, del odio que sella los dientes y deja los ojos fijos en la nada, a donde iremos a perdernos algún día”.

Mutis, te invita a ser atrevido, valiente, creativo: *“Hay que inventar una nueva soledad para el deseo”, “¡Cread las bestias! Inventad su historia”, “Es menester lanzarnos al descubrimiento de nuevas ciudades”.* Pero también a dar testimonio de lo que vives y presencias. Y es que, como lo expresa meridianamente Volkening, *“el cantor de gestas es, por excelencia, el hombre que sabe de qué está hablando, y lo sabe a ciencia cierta, en calidad de testigo”*, y eso hizo Mutis con sus historias narradas, dotarlas de la verdad de la vivencia cercana. En mi caso, viajero perpetuo, siempre a la busca de una verdad que se niega a develármese y en pos de un lugar que jamás será Utopía ni Shangri-Lá, he querido narrar ese viaje que hago afuera y adentro, no pintando, sino some-tiendo los paisajes del alma; y también contar, como hago en *La huida de Desplazados*, como testigo de primera mano, ese viaje que hacen los seres humanos en el decurso de la vida por los parajes anfractuosos que trasiegan en su escapada en procura de sus más altos anhelos, con la muerte siempre acechando sus cuerpos y el miedo pegado a la piel. Testigo de primera mano que entronca con lo que dijera la Nobel Herta Müller recientemente: *“La literatura es un espejo de la cotidianidad y, por ende, de la política. La política entra en la vida cotidiana y aunque no se convierta precisamente en ésta, ella misma es ficción. Sólo se puede escribir literatura a partir de lo vivido, de la experiencia”.*

RASTREANDO

Pero sigamos rastreando en otros autores mi interés por los asuntos del paraíso y los temas míticos y oníricos. Por supuesto, debo mencionar al chileno Pablo Neruda con su *Canto general* y *Residencia en la tierra* que me dio la noción de magnificencia telúrica de aquel continente americano. También a los mexicanos Octavio Paz y Homero Aridjis, el primero por su preocupación por temas tan recurrentes en mi vida y en mi obra como la soledad, el

amor y la muerte, tan presentes en *Libertad bajo palabra*, su cimero libro poético, en el que destaca su magistral poema circular *Piedra de sol* que conocí gracias a la original versión que hizo de dos de sus fragmentos nuestro admirado cantor Luis Pastor (*Amar es combatir* y *Por tu cuerpo*); y el segundo por *Perséfone, Ajedrez y navegaciones* y por *Memorias del Nuevo Mundo*, libros todos ellos que me permitieron acceder a la amoral sensualidad de los prostíbulos y a las irascibles razones del desamor, aparte de su visión apocalíptica del futuro de la humanidad. Al argentino Abel Posse por su delirante novela *Los perros del paraíso* que me permite ver el fenómeno del Descubrimiento de una manera diferente y a aquella tierra como un volcán de sensualidad y desmesura. Al portobrasileño Antônio Osorio por el sentido *Emigrante do paraíso*, libro en el que la nostalgia y el dolor de la pérdida de los seres más cercanos se muestra en toda su dimensión. También al poeta Manoel de Barros, cantor del Pantanal, esa primigenia región del suroeste del Brasil, por dos de sus libros, *Compendio para uso dos pássaros* y *Gramática explicativa do chao*, que me develó las asombrosas lecciones de conocimiento y sensibilidad que dan la tierra y sus criaturas, y cuyas visiones oníricas exploran los misterios irracionales de “el ser inútil” y que alguna vez dijo que “*El noventa por ciento de lo que escribo es invención. Y sólo el diez por ciento es mentira*”.

¿Invención o mentira? ¿Realidad o ficción? ¿El paraíso es un sueño o sólo un anhelo? Como bien lo dijo Herta Müller, “*La literatura no es una utopía. La utopía es algo que uno se imagina y aún no existe, no ha sucedido. Uno quiere que pase: un deseo, un sueño...*” “*La fantasía es muy distinto a la utopía. La fantasía está contra la utopía, pues la utopía es muy propensa a los totalitarismos. Tan pronto pretende hacerse realidad, se vuelve rígida. Por fuerza debe restringirse a una sola variante. Y a partir de ahí aplicarle a la realidad aquello que tal vez sobre el papel aún no ha podido ser del todo explicado o resultaba ambivalente. No creo que haya nada peor ni más temerario que la realidad transformada en utopía. ¡Terrible! De ahí las dictaduras*”.

Por eso, para terminar, debo apropiarme de ese bello pasaje de *El espíritu áspero* del placentino Gonzalo Hidalgo Bayal para resaltar que, de alguna manera, mi paraíso está ligado a los paisajes emocionales de mi niñez, más allá

de otras consideraciones, y en él, ineluctablemente está y estará para siempre presente la figura de mi abuela Natividad y el canto de aquellas vivencias: “Se ama la tierra de los asombros o de los deslumbramientos, que es la de la niñez, y para eso vale cualquier tierra, o la tierra en la que se ha creído entrever la felicidad, que carece de geografías”.

Conferencia leída en el X Congreso de la Asociación de Escritores Extremeños, celebrado en Cáceres el 7 y 8 de noviembre de 2009.

ANTONIO MARÍA FLÓREZ RODRÍGUEZ

Escritor colombo-español nacido en Extremadura (Don Benito). Hijo adoptivo de la mítica Marquetalia. Vivió en Brasil. Ahora vive a salto de mata entre Barcelona y Extremadura. Ha tenido una destacada carrera literaria, como gestor cultural, y como profesional y docente universitario, llegando a ocupar destacados cargos gubernamentales en Colombia. Ha sido corresponsal y articulista de varios medios latinoamericanos. Ha sido premiado y publicado en España y América. Premio Latinoamericano de Poesía “Fundación Givré” (1990), Premio de Cuento Festival Iberoamericano de la Cultura (1992), Premio Nacional de Poesía “Ciudad de Bogotá” (2003), Finalista en dos oportunidades del Premio de novela “Felipe Trigo” (1996 y 2010), además de Beca a la Creación de la Junta de Extremadura en novela y poesía (1997 y 2003). Entre sus obras más reconocidas se encuentran: *Zoo (Poemillas de amor antiecológicos)* (1993); *La ciudad* (2001); *El arte de torear* (2002); *Dalí: El arte de escandalizar* (2004); *Desplazados del paraíso* (2003 y 2006, 2ª edición por la Editora Regional de Extremadura); *Transmutaciones. Literatura colombiana actual* (ERE, 2009); *Corazón de piedra* (Littera Libros, 2011) y *Tauromaquia* (Fondo Editorial Ayuntamiento de Don Benito, 2011).